

CHILE Y SU SEGURIDAD INTERNACIONAL

Los chilenos debemos tomar conciencia de que el país se encuentra ante una situación que puede llegar a constituir la más grave amenaza a su seguridad internacional que haya debido afrontar en toda su historia.

Ante esta situación quizás algunos chilenos prefieran callar. Unos porque creen que es antipatriótico llamar públicamente la atención sobre ella y esperan que el gobierno pueda, por alguna magia política, superar la amenaza sin que nadie más se preocupe. Otros, porque esperan del desarrollo de los acontecimientos, un brutal y revolucionario cambio de régimen. Nosotros creemos que, Chile, pudo ser y crecer como República sólo gracias al esfuerzo libre y común de todos sus ciudadanos. Sin temor, en la confianza de que los chilenos, cualesquiera sean nuestras diferencias, no nos negaremos unos a otros el amor a la Patria que nos une y nos cobija a todos, creemos que es nuestro deber y nuestro derecho decir, en esta hora, lo que pensamos con profunda preocupación.

Entre todos los países de esta América Latina, por su situación geográfica y por el desarrollo de la historia, Chile se ha encontrado, quizás más que otros, en situaciones difíciles para su seguridad nacional. Hemos tenido, casi un siglo, una guerra con dos de nuestros vecinos y con el otro largos y sucesivos pleitos de límites que nos han llevado al borde de conflictos. Esto ha obligado a nuestro país a una cuidadosa diplomacia, que ha tenido como uno de sus objetivos primeros evitar una situación de conflicto con todos nuestros vecinos a la vez. En previsión de que esta emergencia pudiera, de todos modos, ocurrir, Chile ha cuidado de tener permanentemente buenas relaciones con países como Brasil y Estados Unidos, que eventualmente, han podido constituir una especie de seguro diplomático. Finalmente, y no es lo menos, por el prestigio de sus instituciones republicanas, que daban credibilidad internacional a sus posiciones, el país pudo siempre contar en el resto del mundo con un ambiente general de simpatía y amistad que pudo significar, llegado el caso, acciones muy concretas de respaldo político y ayuda material para su defensa.

Hay que decir que ahora nos encontramos en una situación muy diferente. Este es un hecho de conocimiento público que nadie podría negar. Es conocido en nuestro país y fuera de él.

La verdad es que no sólo nos encontramos aislados sino rechazados. Nuestros únicos amigos seguros en América Latina son Paraguay, Uruguay y Nicaragua. Entre los países africanos cultivamos relaciones especialmente buenas con Sud-Africa y ahora con Zaire. En Asia, con Taiwan y Corea del Sur. Resulta difícil creer que podamos contar con la lealtad política de China comunista.

Las grandes naciones democráticas de la Comunidad Económica Europea acordaron, el año pasado, manifestar su condenación a la conducta política del gobierno chileno. Varias de ellas ya han retirado sus embajadores en Santiago, como lo han hecho también Portugal y Suecia. La posición de Estados Unidos, Canadá y varios países importantes de América Latina, que no son nuestros vecinos, es ya conocida.

Nadie podría, razonablemente, atribuir esa posición generalizada a la presión o la infiltración comunistas. Descontamos como inevitable y carente de autoridad moral la condenación al gobierno chileno de la Unión Soviética y de los países bajo su hegemonía. Pero el hecho de que el actual gobierno sea condenado en los foros internacionales a la vez por Estados Unidos y la Unión Soviética, por Alemania Federal y la República Democrática Alemana, por Francia y por Polonia, por Inglaterra y casi todos los países de la Comunidad Británica, tiene por hacernos meditar. No se trata sólo de una conde

nación política que, a veces, puede deberse a razones circunstanciales del mismo orden. Se trata de un rechazo generalizado que ha significado para Chile la imposibilidad de renegociar su deuda externa, de obtener créditos para acelerar su desarrollo y para adquirir, sin recurrir a costosos intermediarios, los elementos necesarios para su defensa nacional. Todo eso nos ha llevado a una situación crítica que ni siquiera el espeso secreto oficial y la falta de análisis público que rodean el manejo de las relaciones exteriores y la defensa nacional del país logran encubrir. Hemos llegado a un punto en que ya no es posible seguir sacrificando la seguridad internacional de Chile a la permanencia del actual régimen interno. Los regímenes políticos son esencialmente transitorios y sólo se justifican en la medida en que sirven a los grandes y permanentes intereses de las naciones por ellos regidas. Creemos que, antes que sea demasiado tarde, todos los chilenos debemos tomar conciencia de ese problema y llegar a una solución.

La solución no es imposible si se considera, por una parte, la gravedad de la situación, que pone en juego las fuerzas profundas de la nacionalidad, y, por otra, el hecho de que al cabo de más de cuatro años y medio de gobierno militar, el país debe volver y lo desea, a la institucionalidad democrática de un Estado de derecho. La historia prueba cómo el pueblo chileno, libremente, se comporta en las más difíciles circunstancias, cuando está amenazada la integridad de la Patria. Nuestra tradición democrática es nuestra característica como Nación, la que nos señala ante el mundo y nos da respeto y credibilidad. Mientras no la recuperemos o hagamos mofa de ella con actos como la llamada "consulta nacional", ese respeto no nos será devuelto. No hay que engañarse. No comprobemos demasiado tarde que para Chile las libres instituciones republicanas bajo las cuales hemos crecido como Nación no sólo eran la base de nuestra paz interna sino de nuestra seguridad internacional.

DEMOCRACIA CRISTIANA CHILENA

Santiago, 30 de Marzo de 1978.